

LA DUDA

Claudio Martín

COLECCIÓN ESCENA EXTREMA



PRIMER FINALISTA DE LA VI EDICIÓN DEL PREMIO
INTERNACIONAL DE TEATRO AGUSTÍN GONZÁLEZ

LA DUDA

CLAUDIO MARTÍN

A Teatro de Papel.

LA DUDA

CLAUDIO MARTÍN

PERSONAJES

(POR ORDEN DE INTERVENCIÓN.)

PEDRO

BELTRÁN

La iluminación nos descubre un decorado que representa dos muros unidos en ángulo. Este vértice coincide con el centro de escena y se sitúa en el fondo. Los muros se prolongan hasta la boca del escenario y sobresalen ligeramente, volando sobre el foso. El espacio escénico es triangular, sin acceso por los hombros, hermético. Ambos muros son blancos, con una textura de loza sanitaria, pulcra, estéril, aséptica. En el centro de cada uno de ellos hay una puerta, de una sola hoja, pintada toda ella de color naranja metalizado brillante. Estos muros aumentan en altura conforme se aproximan a la boca de escena para distorsionar la perspectiva.

Sobre el escenario hay dos personajes. Beltrán viste chaqueta y pantalón negro, sobre camisa blanca con corbata de nudo pequeño. Los zapatos: a juego con el traje. Pedro lleva un abrigo de corte clásico color beige oscuro. Bajo éste, su vestuario lo conforman una chaqueta de lino clara con pantalón y zapatos a juego.

PEDRO.— *(A la derecha. Inseguro. Mira a Beltrán que le da la espalda. Intentando llamar la atención.)* Perdone...

BELTRÁN.— *(Lee un documento. Sin girarse levanta la mano pidiéndole que espere.)* Espere un momento, por favor.

(Pedro espera. Observa la estancia.)

BELTRÁN.— *(Dobla el documento verticalmente y lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta. Se gira.)* Disculpe. Era sólo una verificación de datos, algo rutinario, pero imprescindible. Verdaderamente es usted puntual. Me avisaron que llegaría hoy, aunque nunca imaginé que fuera usted tan joven. Normalmente el personal que se va incorporando suele estar ya metido en años; es más lógico y por supuesto más deseable, pero tan poco es inusual recibir gente como usted algo... algo más joven. *(Ligera pausa. Mira a Pedro a los ojos. Éste, incómodo, aparta su mirada. Beltrán intenta romper el hielo.)* Pero no se sienta extraño. No queremos parecer serios. El protocolo nos exige cierto rigor. Entiéndame, en todo sitio, que se precie, hay normas, y aquí no podríamos ser menos, pero ya verá con qué facilidad se adapta a

su nueva posición. *(Le tiende la mano. Pedro se la estrecha.)* Disculpe, no me he presentado todavía. Mi nombre es Beltrán, Beltrán Costa.

PEDRO.— Pedro Acanto.

BELTRÁN.— *(Extrañado.)* Perdón, ¿cómo me ha dicho?: ¿Acanto?

PEDRO.— Sí, sí. Acanto, Pedro Acanto.

BELTRÁN.— Disculpe. *(Sacando el documento del bolsillo interior de su chaqueta. Mira el documento y a Pedro.)* Vera, aquí figura como Canto, Pedro Canto, sin “a”.

PEDRO.— Debe de ser un error, mi apellido es Acanto con “a”.

BELTRÁN.— ¿Está seguro de...? *(Se percata de lo torpe de su pregunta e intenta poner arreglo.)* Perdóneme, perdóneme, por favor. Qué torpeza la mía, cómo no iba a estar usted seguro de su apellido. Es, bueno... es que no suelen cometerse errores a la hora de notificarme los datos. Pero ahora mismo lo rectifico. *(Saca un bolígrafo del interior de su chaqueta y se dispone a escribir. Mira a su alrededor buscando un lugar donde hacerlo. No lo encuentra.) (Con cierto reparo le indica a Pedro que le permita apoyar en su espalda.)* Me... me permite.

PEDRO.— *(Sin entender.)* Perdone, pero no sé qué quiere que haga.

BELTRÁN.— Su espalda... ¿Me deja apoyarme en su espalda para...?

PEDRO.— *(Aceptando se inclina ligeramente y se gira.)* ¡Ah! Sí, sí, no me importa...

BELTRÁN.— Será sólo un momento. *(Escribiendo sobre la espalda.)* Ya está. *(Guarda el documento.) (Se vuelven a enfrentan las miradas. Los dos advierten incomodidad, sobre todo Pedro. Beltrán intenta distender la situación.)* Pero, por favor, relájese. Si

lo desea puede darme su abrigo, yo se lo guardaré, así se sentirá más cómodo. Aquí, como comprobará, no hace frío; disfrutamos de una temperatura excelente.

PEDRO.— No, déjelo. Por ahora no.

BELTRÁN.— Como quiera. Tómese el tiempo que precise. Es natural que sienta ciertos reparos y que desee primero familiarizarse con esto.

PEDRO.— No, no es eso... Quiero decir que todo me parece bien, el lugar es agradable y todo eso, pero...

BELTRÁN.— ¿Entonces?

PEDRO.— No sabría explicar...

BELTRÁN.— ¿No será la luz?

PEDRO.— ¿La luz...? No entiendo

BELTRÁN.— Sí, la luz, la iluminación. A muchos de los recién llegados les molestaba la intensidad con que se iluminaba esta estancia. Fueron muchas las quejas y finalmente se optó por disminuir su potencia. Yo, créame, también lo agradecí. Aunque hubiera preferido reducirla más. Quizá sea usted de mi opinión; tanto tiempo aquí, con ese brillo tan intenso, me agota y, en las últimas horas de trabajo, acabo con dolores insufribles de cabeza.

PEDRO.— No, no, la luz está bien. Bueno, yo no entiendo de eso, pero a mí no me molesta.

BELTRÁN.— ¿Entonces?

PEDRO.— *(Breve pausa. Con ligera reticencia.)* No me siento muy a gusto.

BELTRÁN.— *(Intentando dar confianza.)* Pero si acaba de llegar.

PEDRO.— Lo sé, lo sé. Las dudas me han acompañado por toda la galería hasta llegar aquí. Incluso el señor... *(Buscando la palabra adecuada.)* ... el señor que me ha acompañado...

BELTRÁN.— El alguacil.

PEDRO.— Eso, el alguacil. Me ha notado intranquilo y me preguntó qué me ocurría.

BELTRÁN.— *(Con gesto de preocupación.)* ¿Se encuentra mal?

PEDRO.— *(Intenta quitarle importancia.)* No, no. No se preocupe, me encuentro perfectamente... bueno... perfectamente... Lo que quiero decirle es que todavía no sé si me quedaré.

BELTRÁN.— ¿Tiene dudas?

PEDRO.— *(Pausa.)* Quizá hice mal en venir. Me precipito, sabe. A veces me apresuro y tomo decisiones de las que luego me arrepiento. Me ocurre a menudo, quizá con demasiada frecuencia. Soy una persona impulsiva; decido con excesiva rapidez porque creo ver las cosas claras, pero luego, ... luego, me surge la duda. Me siento como atrapado; y la mayoría de las veces me veo obligado a rectificar.

BELTRÁN.— *(Tranquilizándolo.)* Lo entiendo, no se preocupe, en ocasiones nos sentimos incómodos ante nuevas situaciones.

PEDRO.— No, no es eso. Aunque he de confesarle que esta estancia es... demasiado... demasiado... rara. *(Observa con extrañeza todo.)* Tan reducida, con dos puertas

idénticas. Es todo, tan..., cómo le diría, tan especial. Pero no es eso; sencillamente es mi forma de ser.

BELTRÁN.— Debe de considerar que es un buen puesto. Y lo mejor de todo; es totalmente definitivo.

PEDRO.— Quizá sea eso; el carácter definitivo lo que me asusta, bueno, no es exactamente esa sensación, entiéndame, no es que me asuste. Quiero decirle que soy todavía joven y acceder a un puesto es...

BELTRÁN.— (*Paternalista.*) Lo más conveniente.

PEDRO.— (*Con ligeros signos de inseguridad.*) Sí, claro, lo más conveniente, efectivamente. Pero también... pero también coincidirá conmigo que la estabilidad nos relaja demasiado. Nos adormece. (*Un poco remiso. Intentando valorarse.*) Yo, bueno... tengo mis inquietudes. Soy una persona culta. (*Descubre que ha podido ser pedante e intenta remediarlo.*) ¡Oh! Por favor, perdóneme si peco de petulante. No es mi intención, lo que quiero decir es que me he formado, quizá de una forma autodidacta, pero soy un lector inquieto...

BELTRÁN.— Eso es admirable.

PEDRO.— (*Con ligera confianza.*) Me apasiona todo lo relacionado con el mundo de la escritura. Nada me satisface tanto como escribir...

BELTRÁN.— (*Sorprendido gratamente.*) ¡Oh! ¿Es usted escritor? Excelente oficio.

PEDRO.— (*Quitándose importancia.*) Aún no, aún no. Pretendo... pretendo llegar a serlo. Es mi gran reto, mi gran ilusión. Llevo luchando mucho tiempo por conseguirlo. Sabe, me han ofrecido algunos trabajos de diversa índole, pero no los he aceptado..., es decir, siempre he procurado anteponer mi deseo de ser escritor a cualquier otra

actividad..., *(Pausa.)* aunque..., para serle sincero, sí hubo una ocasión en que acepté un empleo...

BERTRÁN.— ¿De qué se trataba?

PEDRO.— Fue el puesto de supervisor de embalajes en una empresa de distribución. Estaba bastante bien remunerado, pero... pero lo abandoné.

BELTRÁN.— ¿Qué sucedió?

PEDRO.— En principio no debí aceptarlo, fue... *(Pausa. Siente reparo en confesar su intimidad.)* Me sentí presionado por mi madre..., ya sabe, las madres dicen que desean lo mejor para sus hijos. Yo no pude negarme. Vivía sólo con ella. Mi padre, por desgracia, murió hace años, y ella se ocupó de que no me faltara de nada. Ya sabe..., hasta cierto punto me sentí obligado a aceptar ese empleo, no podía defraudarla. Ella depositaba en mí todas sus esperanzas. Estaba... *(No se atreve a mirar a Beltrán.)* estaba enferma, bueno..., enferma no, tan sólo delicada. Hubiera sido un tremendo golpe para ella no hacerlo, pero al poco tiempo un accidente desafortunado acabó con su vida.

BELTRÁN.— *(Afectado.)* Cuanto lo siento.

PEDRO.— *(Pausa. Siente que confiesa intimidades, pero prosigue.)* Sí, una tarde como tantas, la acompañé al zoo. Ella... ella tenía la costumbre de visitar la jaula de los tigres. Le apasionaban igual que a mí, pero... aquella tarde... intentó... dar de comer a uno de ellos. *(Le duele el recuerdo.)* Tenía esa horrenda manía. Ya le habían advertido varias veces los guardias del zoo. Pero para ella era una obsesión. *(Pausa.)* Introdujo su mano por una de las trampillas que utilizan los cuidadores para alimentarlos y un tigre le alcanzó el brazo. *(Afectado.)* Fue horrible. Nada pude hacer por ella.

BELTRÁN.— *(No da crédito a lo que ha escuchado. Con sentimiento.)* Créame que lo

siento. Debió ser traumático para usted quedarse solo y sobre todo de una forma tan espantosa.

PEDRO.— No se lo pude imaginar. *(Pausa. Mira a Beltrán.)* Pero... también supuso una liberación. Yo... yo estaba... quiero decir, mi madre se ocupaba excesivamente de mí. A veces..., a veces me agobiaba, y yo... ya le dije, no quería contrariarla. *(Buscando con los gestos comprensión.)* Se obsesionaba con mi conducta, vigilaba mi comportamiento demasiado rígidamente. Incluso me obligaba a acompañarla a sus frecuentes visitas a los tigres. *(Pausa. Baja la voz como no queriendo descubrir su obsesión.)* Fue tan persistente que creó una extraña fascinación en mí. *(Para sí. Como ausente.)* Desde entonces siento la necesidad imperiosa de observar a esos animales. Los miro y a mi lado se reconstruye la escena de la muerte de mi madre. *(Pausa.)* A veces creo que ella marcó mi vida de esa manera para que no la olvidara. *(Pausa larga. Se aleja de Beltrán hasta llegar y apoyar levemente su mano derecha sobre un muro, como queriendo buscar fuerzas para lo que va a decir.)* Su muerte... su muerte sirvió para liberarme y me hizo darle a la vida el valor... que merece. *(Con fuerzas renovadas.)* Fue cuando descubrí que en mi empleo me sentía... me sentía coartado. No sé si me explico. Notaba, cada día, que aquél no era mi lugar, que desperdiciaba mi tiempo en tareas que nada me llenaban. Me sentía estafado... esclavizado por un sueldo que sólo me servía para seguir y seguir atrapado...

BELTRÁN.— *(Asintiendo con la cabeza.)* Le comprendo.

PEDRO.— *(Con más confianza.)* Fue una necesidad vital deshacerme de ese lastre. Y, créalo, no me arrepiento. Es más, todo aquello, más que hundirme, me fortaleció y bueno... quizá antes de lo que espero mi suerte cambie..., pero... permíteme son cuestiones privadas que...

BELTRÁN.— *(Infundiéndole confianza.)* No, por favor no se reprima, puede confiar en mí. No tenga miedo, no trascenderá.

PEDRO.— (*Esperanzado.*) Le digo, que ahora parece que la suerte quiere sonreírme. La semana pasada entregué un artículo en "La Gaceta"...

BELTRÁN.— ¿"La Gaceta"?... Ahora no recuerdo ese periódico.

PEDRO.— Sí, es el antiguo "Informaciones". Tiene su redacción frente al zoo.

BELTRÁN.— (*Intentando localizarlo mentalmente.*) ¿Frente al zoo...? ¡Ah! Ya recuerdo. Perdóneme, pero no estoy al tanto de la prensa de la ciudad. Continúe, me decía algo de su periódico.

PEDRO.— (*Intentando aclarar.*) Espere, espere. No es mi periódico, ojalá lo fuera. Lo que trataba de decirle es que el editor que me atendió me dijo que si me lo publicaban sería en esta semana.

BELTRÁN.— Debe ser gratificante leer uno su propio artículo en un periódico; saber que multitud de gente desconocida opinará sobre él.

PEDRO.— (*Con ligero orgullo.*) Es el diario de mayor tirada de la ciudad. Y al señor que me atendió le noté cierta predisposición... parecía. (*Se pierde en la ilusión.*)

BELTRÁN.— (*Con gesto de incomprensión.*) Perdone... No le entiendo.

PEDRO.— (*Esperanzado.*) Sí... bueno... verá... noté algo en el editor que me hizo presumir, que mi artículo tenía muchas posibilidades de ser publicado.

BELTRÁN.— (*Alegre, casi explosivo.*) ¿Le dijeron que se lo iban a publicar? Eso es maravilloso.

PEDRO.— (*Se percata que Beltrán no ha entendido.*) ¡No! ¡No!, no es eso. Digo... que noté... algo en el señor que recogió mi artículo, algo... No sé... algo que me hizo sentir

esperanzas. *(Pausa.)*

BELTRÁN.— *(Sin comprender las expectativas de Pedro.)* Esperanzas... Entiendo.
(Pausa incómoda.)

PEDRO.— Comprende ahora lo de mi reticencia a un empleo definitivo. Eso, a la larga, me haría abandonar mi verdadera vocación.

BELTRÁN.— Tal vez sí.

PEDRO.— Cuando se tiene asegurado el sueldo, el resto de inquietudes se convierten en aficiones, en simples entretenimientos. Al principio intenta tomárselo uno en serio, pero a la larga se va abandonando; lo sé, lo sé. Conocí a un profesor de teatro que prometió escribir una obra que sorprendería a todos. Al poco tiempo, por influencia de un hermano suyo, consiguió un puesto de conserje en la Delegación. Él, insistía que su verdadera pasión era el teatro, que el empleo de conserje era sólo su medio de subsistencia, pero no ha vuelto a escribir.

BELTRÁN.— ¿Entonces, qué pretende hacer?

PEDRO.— *(Pausa.)* Será mejor que me vaya. Sé que no es juicioso despreciar un empleo definitivo como éste, pero, aun soy joven, debo intentarlo.

BELTRÁN.— Lo entiendo. Yo sin embargo no tengo inquietudes, jamás las he tenido. Podría decirse de mí que soy un hombre sin ilusión. Mis ambiciones se han limitado a dejar pasar la vida y vivir de forma cómoda. Ahora estoy bien, mi puesto es definitivo y no me exigen apenas. Si a esta forma de vida se la considera meta, yo la he alcanzado.

PEDRO.— En fin, me marcho. Ha sido un placer conocerle. *(Le da la mano de manera torpe, apenas se entrelazan las puntas de sus dedos. Pedro se dirige a la puerta por la*

que accedió e intenta abrirla. No se abre. Repite más insistentemente pero no lo logra.) No consigo abrirla.

BELTRÁN.— A ver, déjeme. *(Lo intenta sin forzar, sólo como comprobación.)* No, está cerrada.

PEDRO.— *(Sorprendido.)* ¿Cerrada?

BELTRÁN.— Sí, probablemente, el alguacil echó la aldaba.

PEDRO.— ¿La ha cerrado por fuera?

BELTRÁN.— Lo más exacto sería decir que está cerrada por dentro.

PEDRO.— *(Pausa. Mirando la estancia. Sin comprender.)* ¿Entonces nosotros estamos fuera?

BELTRÁN.— Efectivamente. Usted hace apenas unos minutos que ha salido por ahí. *(Indica la puerta.)*

PEDRO.— *(Desconcertado.)* Bueno, no sé... la verdad es que no llego a entenderlo... pero, yo necesito salir, o entrar, no sé. ¿Y esta otra puerta? ¿Dónde lleva?

BELTRÁN.— Esa puerta da una habitación sin salida.

PEDRO.— ¿Seguro?

BELTRÁN.— Créame. A pesar de ser ambas idénticas, ésta no lleva a ninguna parte.

PEDRO.— *(Sopesando la respuesta.)* ...a ninguna parte... Bien... entonces... bueno... ¿Entonces cómo puedo avisar al alguacil para que me abra? ¿Tiene aquí teléfono? Es

para decirle que venga a abrirme.

BELTRÁN.— Lo siento, pero no tenemos.

PEDRO.— (*Incrédulo.*) ¿Qué?

BELTRÁN.— (*Ligeramente incómodo.*) Lo que le digo, no dispongo de teléfono para comunicarme con el vestíbulo.

PEDRO.— (*La inquietud comienza a apoderarse de él.*) ¡Qué contratiempo! ¿Entiende ahora lo que le comenté al llegar, lo de mi precipitación? Estas situaciones, se repiten en mi vida. A veces creo que tengo una cierta predisposición para ello. Hace tan sólo unos días, justo después de entregar mi artículo en La Gaceta, me quedé encerrado en el zoo. Fíjese, en el zoo. Sólo una persona como yo comete errores tan infantiles. Me distraje... me distraje mirando a los tigres. Ya conoce la obsesión que siento por ellos. (*Confesándose.*) Sabe, realmente me aterran... me aterran esos animales, pero al mismo tiempo siento una necesidad imperiosa de observarlos. (*Ligero temor en sus palabras. Beltrán se percata de esa inquietud.*) Son bellos, ágiles... , silenciosos; capaces de saltar sobre ti y devorarte sin el menor reparo. Me fascinan tanto que cuando quise darme cuenta había oscurecido. Luego, en fin... el temor... el temor se apoderó de mí y me extravié buscando la salida. Al llegar estaba cerrada. No puede imaginar lo incómodo y vulnerable que me sentí. Me enredo en circunstancias de manera imprevisible, y luego la situación me desborda, me atrapa, y soy incapaz de resolverla.

BELTRÁN.— (*Intentando calmarlo.*) Tranquilícese, le veo acalorado. Puede quitarse el abrigo si quiere, seguro que se sentirá más cómodo.

PEDRO.— (*Intranquilo.*) Gracias, pero lo que deseo es irme de aquí cuanto antes. ¡Oh! (*Sintiendo que se ha precipitado intenta disculparse.*) Perdóneme, no lo digo por usted. Ha sido muy amable conmigo, por favor, no me mal interprete. Necesito avisar

al alguacil para que venga a abrirme. Usted que trabaja aquí sabrá cómo ponerse en contacto con él ¿no?

BELTRÁN.— *(Incómodo.)* Debe disculparme, pero esta circunstancia no se ha dado nunca. Si le soy sincero, no tenemos previsto ningún sistema para contactar con el alguacil.

PEDRO.— *(Pausa.)* Entonces..., entonces... ¿Qué haremos?

BELTRÁN.— Puede usted gritarle...

PEDRO.— *(Más sorprendido.)* ¿Gritarle? ¿Me pide usted que intente avisar al alguacil a voces?

BELTRÁN.— Ya sé que no es nada ortodoxo, pero, créame, no se me ocurre nada mejor para ayudarlo. Nadie me había solicitado antes volver a entrar. Lo que usted pretende es algo excepcional. Yo sólo trato de ayudarlo. Y vistas sus circunstancias, me temo que gritar es la única alternativa.

PEDRO.— *(Pausa. Está turbado. Se desplaza inquieto por toda la escena.)* Todo esto es tan extraño... tan... incomodo. ¿No hablará en serio? ¿No pretenderá que me ponga a gritar aquí?

BELTRÁN.— *(Con sinceridad.)* Inténtelo, hágame caso; a veces, el alguacil, no sale de la galería y se queda a la espera sentado en el banco, junto a la ventana. Si está ahí y le oye, podrá venir y abrirle.

PEDRO.— En fin, si no tengo otra alternativa, lo haré. *(Se coloca frente a la puerta por la que entró. Alza la voz pero con timidez.)* ¡Eh! ¡Óigame! ¡Por favor! ¡Podría venir y abrirme!

BELTRÁN.— Debería alzar un poco más la voz; la galería es muy larga.

PEDRO.— Está bien. *(Alza aún más la voz.)* ¡Oiga! ¡Puede abrimme!

BELTRÁN.— No tenga reparo. Para que le oiga tendrá que gritar.

PEDRO.— *(Se siente incómodo.)* Sí, ya, ya. Le entiendo *(Grita sin mucha convicción.)*
¡Por favor! ¡Alguien me oye!

BELTRÁN.— Permítame que le ayude. *(Se coloca junto a Pedro. Gritando considerablemente.)* ¡Alguacil! ¡Alguacil! ¡Aquí! ¡Estamos aquí!

(Pausa. Prestan atención esperando respuesta.)

PEDRO.— No se oye nada.

BELTRÁN.— Espere. *(Se acerca a la puerta y presta atención.)*

PEDRO.— *(Desilusionado.)* No, ahí no hay nadie.

BELTRÁN.— *(Con ánimos.)* No se rinda, si lo intentamos a la vez quizá nos escuche.

BELTRÁN Y PEDRO.— *(Gritan considerablemente.)* ¡Eh! ¡Alguacil! ¡Estamos aquí! ¡Eh!
¡Nos oye!

(Pausa. Ambos esperan respuesta.)

PEDRO.— Es inútil...

BELTRÁN.— *(Se lleva el dedo a la boca y le pide que se calle.)* Aguarde un momento.
(Con gesto de percibir algo pega el oído a la puerta.)

PEDRO.— (*Desesperanzado.*) Es inútil, le digo. El alguacil no está.

BELTRÁN.— Con toda probabilidad habrá regresado al vestíbulo.

PEDRO.— Qué incomodidad. Este tipo de contratiempos me alteran... (*Mira a la otra puerta. La mira con extrañeza. Ligeramente pausa.*) ¿Y dice que esta puerta no da a ninguna parte?

BELTRÁN.— Así es.

PEDRO.— (*Sin dejar de mirarla.*) (*Para sí. Ligeramente ensimismado.*)... No da a ninguna parte... (*Volviendo de la abstracción.*) Bien, no gano nada poniéndome nervioso. (*Mira su reloj.*) (*Recuperando la esperanza.*) ¡Oh! Sí. Son ya casi las dos, las dos de la tarde. Justo la salida para el almuerzo. Supongo que su relevo no puede tardar. Quizá para las tres pueda estar fuera de aquí.

BELTRÁN.— (*Con extrañeza y seriedad.*) Nuestros turnos no se adaptan al modelo estándar...

PEDRO.— (*Sin entender.*) ¿Qué quiere decir?

BELTRÁN.— Queda perfectamente especificado en el contrato. Es más, se hace especial mención a ello.

PEDRO.— ¿Qué? ¿Qué quiere decirme del contrato?

BELTRÁN.— Su contrato, el que usted entregó en el vestíbulo.

PEDRO.— Sí. ¿qué ocurre con él?

BELTRÁN.— *(Con ligera severidad.)* Usted lo firmó aceptando las condiciones. *(Pausa.)* Porque usted lo leyó detenidamente antes de firmarlo, ¿no?

PEDRO.— *(Mintiendo.)* Claro..., claro.

BELTRÁN.— ¿Entonces?

PEDRO.— Perdone, no le comprendo ¿Entonces, qué?

BELTRÁN.— Que sabrá las condiciones tan especiales a las que nos obligan los turnos.

PEDRO.— *(Sorprendido, sin comprender bien.)* ¿Qué..., qué condiciones especiales? No..., no entiendo...

BELTRÁN.— *(Serio.)* Perdone mi atrevimiento, pero puedo asegurar que usted no ha leído el contrato, o no lo ha hecho con la debida atención. Es una imprudencia por su parte firmar un documento de estas características sin una lectura pormenorizada...

PEDRO.— *(Se siente descubierto. Intenta justificarse.)* Sí..., lo siento, es verdad... No lo leí por completo. Tengo que confesarle que no le presté la atención debida. Acababa de entregar mi artículo en La Gaceta y estaba un poco nervioso... bueno, nervioso no, tan sólo... quiero decir... las expectativas que creí ver para la publicación de mi artículo me aturdieron un poco, ya sabe, esa mezcla de esperanza y fracaso te hace... verá... pierdes la concentración. Y luego el incidente en el zoo. ¡Oh! por Dios, que inseguro me sentía. Yo no he tenido nunca espíritu para afrontar tantas sensaciones contradictorias.

BELTRÁN.— *(Notándolo afectado.)* Tranquilícese.

PEDRO.— Cuando me vi en el vestíbulo con el contrato delante... Sí, lo hojeé, pero sólo presté atención a lo relacionado con el salario y el carácter definitivo del puesto.

Perdóneme, quiere. *(Breve pausa.)* Lleva usted toda la razón, he sido... efectivamente... he sido un imprudente al no revisar concienzudamente cada una de las cláusulas del contrato.

BELTRÁN.— No tiene que disculparse ante mí. Verá, yo también me siento incómodo, quizá le he hecho creer que una de mis funciones aquí es controlar su trabajo. Nada más lejos de la realidad. No tengo ninguna autoridad sobre usted, es más, después de esta tarde no volveremos a vernos. *(Pausa. Se disculpa.)* Siento haberle creado una mala impresión cuando le comenté lo de su imprudencia al no revisar atentamente su contrato, pero la cuestión del relevo es sumamente importante en usted.

PEDRO.— ¿Por qué, es que tardará mucho en llegar?

BELTRÁN.— No, mi relevo ya está aquí. Mi relevo es usted.

PEDRO.— *(Sorprendido.)* ¿Yo? Pero..., eso es imposible..., yo... no...

BELTRÁN.— No sé por qué se extraña. La mayoría del personal que se incorpora aquí va destinado a esta función, a la de relevos.

PEDRO.— Pero..., yo no conocía...

BELTRÁN.— Usted no leyó el contrato. Eso lo explica todo. Si hubiera obrado correctamente no tendría que soportar ahora esta situación tan embarazosa.

PEDRO.— *(Empequeñecido y desconcertado.)* Señor... Perdone... ¿Cómo se llamaba? Tengo dificultad para recordar los nombres.

BELTRÁN.— Beltrán, Beltrán Costa.

PEDRO.— Lo siento. Señor Costa. Puede parecer un gesto de descortesía, pero

retener los nombres no es lo mío.

BELTRÁN.— No es necesario que se disculpe, señor Acanto.

PEDRO.— Lo sé..., lo sé..., pero... yo no le voy a sustituir, no seré su relevo. Como le expliqué antes, quiero, o mejor, necesito ser escritor, y, claro, para eso debo renunciar a este empleo, no puedo en ningún caso ser su relevo. Comprende, me sabe mal dejarlo en este trance; no sé si puedo serle útil de alguna otra manera.

BELTRÁN.— No se preocupe por mí. Cuando el alguacil regrese informaré de la incidencia y buscarán otro sustituto. El único inconveniente es que usted tendrá que esperar hasta entonces para marcharse.

PEDRO.— ¿Y tardará mucho el alguacil?

BELTRÁN.— Doce horas.

PEDRO.— *(La respuesta le cae como una losa.)* Pero..., pero eso es mucho tiempo.

BELTRÁN.— Lo siento, pero son los turnos establecidos, y como ya ha comprobado, no hay otra manera de hacer venir al alguacil.

PEDRO.— *(Nervioso.)* Doce horas... doce horas. *(Pausa mientras medita.) (Abstraído, casi para sí.)* O sea que cuando me marche será plena madrugada, la ciudad estará dormida, apenas habrá tráfico. Parecerá una ciudad deshabitada, muerta. A esas horas las calles están solitarias, sólo ciertas personas se atreven a deambular tan entrada la noche; son gente... gente... bueno usted ya lo sabe... gente peligrosa capaces de asaltarte sin el menor reparo...

BELTRÁN.— *(Interrumpiéndolo.) (Se percata del carácter tan inseguro de Pedro.) (Intenta tranquilizarlo.)* No sea tan aprensivo. Las ciudades no mueren al anochecer,

tan sólo la vida se ralentiza...

PEDRO.— No, si lo sé..., lo sé perfectamente, pero no soporto las noches de la ciudad. Es por mi inseguridad, ya se lo expliqué antes. Me atemorizo. Además el regreso a mi casa, desde aquí, me obliga a rodear el zoo. *(Pausa. Le retira la mirada como queriendo ocultar su miedo.)* Es... peligroso, sabe, es peligroso... con todos esos animales... tan sólo separados por una valla. Una valla... una simple valla..., no muy alta. La noche los despierta más. Los hace... más ágiles - lo sé -, más violentos.

BELTRÁN.— Está usted excitado. Sería conveniente que se tranquilizara. Creo que haría bien en quitarse el abrigo. Lo quiera o no, tendrá que pasar las próximas doce horas aquí.

PEDRO.— No, no creo que sea una buena idea quitarme el abrigo. No, porque... no voy a permanecer aquí. No puedo... permanecer aquí más tiempo. *(El nerviosismo se intensifica.)* Tengo que salir.

BELTRÁN.— *(Comienza a sentirse preocupado por el estado de excitación que va alcanzando Pedro.)* Señor Acanto. Por favor, relájese. Trate de analizar la situación; hemos hecho todo lo posible por avisar al alguacil, pero ha sido imposible hacernos oír. Somos personas maduras, no se deje llevar por las circunstancias. Aquí no le va a pasar nada, sólo tiene que dominar su estado de ánimo. Esa intranquilidad no le va a conducir a nada.

PEDRO.— Ya... Intento dominarme. Créalo. Lo intento desde que descubrí que estoy encerrado.

BELTRÁN.— Señor Acanto, usted no está encerrado.

PEDRO.— ¿No? Bueno, eso es algo interpretable. ¿Cómo lo consideraría usted entonces? La puerta por la que he entrado, o salido, como usted dice, está cerrada. El

alguacil, que me condujo hasta aquí, la cerró y se marchó. No hay manera de ponerse en contacto con él. No disponen siquiera de un teléfono para comunicarse con el vestíbulo; hemos tenido que recurrir a gritar para hacernos oír y esta otra puerta, según usted, no conduce a ningún sitio. No sé. ¿Sería usted capaz de definir mi situación de otra manera?

BELTRÁN.— (*Defendiéndose. Excitado.*) Es injusto que me acuse de una circunstancia de la que soy totalmente ajeno...

PEDRO.— (*Interrumpiéndole.*) No, no... escúcheme...

BELTRÁN.— (*Ídem.*) Me sabe mal decírselo, pero es usted una persona indecisa.

PEDRO.— No le estoy acusando, por favor. No es a usted. Discúlpeme si me he hecho entender mal, pero es innegable que estamos encerrados puesto que aunque queramos no podemos salir.

BELTRÁN.— (*Más excitado aunque intentando dominarse.*) Yo no quiero ir a ninguna parte. Éste es mi puesto. Soy una persona responsable. He aceptado con agrado la tarea que se me ha encomendado. En todo el tiempo que llevo aquí jamás se me había dado un caso igual. Los demás recién-llegados aceptan gustosos sus desempeños y cumplen sus tareas y relevos ordenada y estrictamente. (*Acusando.*) Señor Acanto, si se puede achacar a alguien esta situación es a usted y a sus dudas.

PEDRO.— Me gustaría poder controlar mis emociones, o por lo menos aparentar que domino la situación, pero soy incapaz, créame. Un simple error me trastoca. Ya se lo dije, soy inseguro, en mis esquemas nada es totalmente definitivo...

BELTRÁN.— Pues entonces hizo mal en aceptar este empleo.

PEDRO.— Cierto, cierto. Lleva usted toda la razón. Pero yo no lo elegí...

BELTRÁN.— *(Lo interrumpe indignado.)* ¿Cómo puede usted decir eso? Aquí nadie entra por error. Después de entregar el contrato tuvo al menos tres días para decidirse. Pudo haber recapitado y sopesar los pros y los contras a los que se enfrentaba. Además el alguacil es totalmente riguroso a la hora de incorporar nuevos relevos. La supervisión en el vestíbulo no tiene fallos.

PEDRO.— *(El sudor comienza a aflorar.)* Ya..., lo sé. Espere, no he debido expresarme bien... Verá, no es que yo no eligiera estar aquí, es que..., bueno, quizá me vi abocado a ello. Ya le comenté que quiero ser escritor, pero estoy pasando una mala racha, mi ánimo está por los suelos. *(Pausa.)* Mi madre murió..., ahora el dinero me escasea. He de subsistir, mantenerme. *(Pausa. Intenta justificar su postura.)* Escribir me apasiona, pero... no puede imaginarse lo tortuoso que puede ser insistir y visitar redacciones para mendigar un hueco en una columna.

BELTRÁN.— No le entiendo, permíteme. Supongo que la profesión de escritor conlleva esos comienzos. Si tanto le disgustan por qué no lo deja. Ahora tiene la oportunidad de establecerse definitivamente.

PEDRO.— Exactamente. Ve, ahora lo comprende...

BELTRÁN.— ¿Comprender? ¿El qué?

PEDRO.— Mi necesidad de dedicarme enteramente a escribir...

BELTRÁN.— Sigo sin comprender.

PEDRO.— En la última visita a La Gaceta, el redactor que me atendió, antes de dejar mi artículo en la bandeja, lo leyó por encima haciendo movimientos afirmativos con la cabeza. *(Muy expresivo. Intentado convencer.)* Se... se da cuenta, esos gestos son signos inequívocos de que se va a publicar. No lo había advertido antes, no, no hasta

estar aquí dentro. En su momento no les di importancia, pero ahora los interpreto de la forma correcta. El verme encerrado aquí, el verlo a usted, y prever claramente la forma de vida que me espera, me ha hecho recapacitar. Señor Costa, *(Plenamente convencido.)* mi lugar no está aquí, mi lugar está frente a una máquina de escribir dando rienda suelta a mi imaginación.

BELTRÁN.— *(Con desconfianza.)* No sé, quizá sea usted demasiado optimista. A mi parecer, un simple gesto de afirmación, no quiere decir que su artículo sea el elegido.

PEDRO.— *(Con cierto desagrado.)* Como se ve que no estuvo usted allí. Su gesto no sólo era afirmativo, era evidente. Le vi como seguía las líneas una a una, incluso pasó a la hoja final. Luego me miró y siguió leyendo, siguió leyendo, ¿me entiende? *(Convencido.)* Lo único que le faltó fue decirme que corriera a escribir otro, que a partir de entonces se me tendrían en cuenta en ese periódico.

BELTRÁN.— Sigo viendo demasiadas esperanzas en un gesto.

PEDRO.— *(Dolido.)* Usted no lo comprende. Lleva demasiado tiempo aquí. Su vida es monótona, anodina. *(Pausa.) (Sintiéndose menospreciado se defiende.)* La gente como usted no... no soporta que otros podamos...

BELTRÁN.— *(Imperativo.)* Es usted un impertinente. No crea que...

PEDRO.— *(Lo interrumpe gritando.)* ¡Déjeme acabar!..., *(Vuelve al tono moderado de voz.)* déjeme acabar, quiere... No soy ningún impertinente y sí, ¡sí! la gente como usted no soporta que otros desechemos el conformismo y la mediocridad y busquemos caminos diferentes para realizarnos...

BELTRÁN.— Yo no he dicho...

PEDRO.— ¡Cállese!

BELTRÁN.— Me temo que su comportamiento ha sobrepasado los límites de mi tolerancia. Si no se tranquiliza no me quedará más remedio que...

PEDRO.— (*Excitado. Perdiendo la compostura.*) ¡Qué! ¿Qué va a hacer? ¿Llamar al alguacil? Venga, hágalo, es lo que estoy deseando. Que el alguacil abra esa puerta y desaparezca. ¿Porque sabe lo que creo? Que es... que es usted el que no desea que yo salga de aquí. Quiere retenerme por alguna oscura razón...

BELTRÁN.— ¡Usted..., usted no sabe lo que dice! ¿Qué interés puedo tener yo en retenerle aquí? Ha sido un quebradero de cabeza, para mí, desde que llegó. No ha parado de dudar..., de divagar. Jamás, en todos los años que llevo aquí, me he visto envuelto en circunstancias tan desagradables. Todos los relevos que han ido pasando han aceptado agradecidos el desempeño de su tarea, conocedores de que este empleo les aportaba seguridad y los hacía formar parte de una compañía estable, sin fisuras, donde el concepto de quiebra es totalmente impensable.

PEDRO.— Quédese usted con su seguridad y estabilidad. No las quiero... lo que ahora necesito es salir de aquí.

BELTRÁN.— (*Con rabia.*) Ya lo sé. No deja usted de repetirlo, pero no le quedará más remedio que esperar doce horas hasta el próximo relevo.

PEDRO.— (*Negando con la cabeza.*) Eso... eso es imposible, llevo tan sólo media hora aquí y ya ve en el estado en que estoy, no... no puedo... no puedo seguir aquí.

BELTRÁN.— ¡Le repito!... Le repito que... es imposible...

PEDRO.— (*Pierde completamente la compostura.*) ¿Sí? verá... no... no le creo. Entiende... no le creo. Usted... me engaña... sí, sí. Usted me miente. Pero, sabe... voy a marcharme.

BELTRÁN.— ¿Por dónde? Ya le he dicho que no hay ninguna otra salida.

PEDRO.— *(La señala con el índice. El sudor se hace más patente.)* Me iré por esta puerta.

BELTRÁN.— Esa puerta da una habitación sin salida.

PEDRO.— No le creo.

BELTRÁN.— ¿Pero qué interés puedo tener yo en retenerle aquí? Usted está... loco.

PEDRO.— *(Muy excitado. Se mueve por escena sin control.)* No, soy una persona llena dudas, un ser inseguro que le teme a la ciudad por la noche, que le aterroriza rodear el zoo al anochecer, pero no estoy loco. No sé la razón por la que me retiene aquí, pero esta puerta no da paso a una habitación sin salida.

BELTRÁN.— *(Intentando convencer. Muy excitado.)* Pero... pero va acabar usted por hacerme perder completamente la paciencia... esa puerta no conduce a ningún sitio, me entiende... a ningún sitio.

PEDRO.— *(Con decisión.)* Ya le he dicho que no le creo. Voy a abrirla. *(Se dirige hacia la puerta para abrirla.)*

BELTRÁN.— *(El miedo aparece en su rostro.)* ¡No! No la abra.

PEDRO.— *(Seguro. Convencido.)* Ve, ve como tenía razón. Es usted un miserable... *(Apoya la mano en el pomo.)*

BELTRÁN.— *(Suplicante y temeroso.)* ¡No! ¡Por favor! ¡No la abra!

PEDRO.— *(Mantiene la mano en el pomo, sin girarlo.) (Con dominio de la situación.)*
¿No? ¿Por qué...?

BELTRÁN.— *(Muy nervioso.)* ¡No!, no. Por favor, hágame caso. *(Se acerca hasta él. Separa a Pedro de la puerta y se coloca delante de ésta.)* No la abra...

PEDRO.— *(Muy indignado.)* Miserable, me ha estado engañando todo este tiempo.

BELTRÁN.— Bueno, no... no le he mentido...

PEDRO.— ¡Ah! ¿No? ¿No me ha mentido? ¿No me ha dicho que esa puerta conducía a una habitación sin salida?

BELTRÁN.— *(La angustia comienza a apoderarse de él.)* Sí, se lo he dicho, pero...

PEDRO.— *(Agarrándolo por la solapa de la chaqueta.)* ¿A dónde lleva?

BELTRÁN.— Verá, es que no lo sé.

PEDRO.— Vamos a ver... ¿no habíamos quedado que la persona insegura era yo? Señor Costa, la pregunta es sencilla. ¿Se puede salir por esa puerta?

BELTRÁN.— *(Angustiado.)* No lo sé, ¡No lo sé! ¡Créame! ¡No lo sé!

PEDRO.— ¡Apártese! Quiere. *(Hace un intento de apartar a Pedro.)*

BELTRÁN.— *(Sin moverse de su sitio.)* No, no puedo dejar que la abra.

PEDRO.— ¡Apártese! *(Pedro intenta apartarlo de la puerta, Beltrán se resiste. En la refriega Beltrán cae al suelo.)*

BELTRÁN.— *(Desde el suelo.)* ¡Va a cometer una locura!

PEDRO.— *(Se dirige a la puerta para abrirla.)* Más locura es permanecer aquí.

BELTRÁN.— ¡No la abra! ¡Por Dios! ¡Dentro hay un tigre!

(Pedro se paraliza justo antes de girar el pomo. Retrocede asustado.) (Pausa. Queda paralizado, sin dar crédito a lo oído.)

PEDRO.— ¿Un tigre? ¿Dentro hay un tigre? ¿Me está diciendo que ahí, tras la puerta, hay... hay un tigre?

BELTRÁN.— *(Se incorpora.)* Sí... y por favor no la abra.

PEDRO.— Pero... eso es absurdo, ¿cómo va haber ahí un tigre? No tiene sentido, ¿qué... qué iba a hacer ahí, y... y para qué?

BELTRÁN.— No lo sé. Yo también me he preguntado qué necesidad hay de tener encerrado a un tigre en esa habitación.

PEDRO.— Usted me miente. Como sabe que esos animales me infunden terror lo ha inventado para impedir que toque esa puerta.

BELTRÁN.— No le he mentado. No tengo ninguna necesidad. Usted es para mí un tormento. Si esa puerta me hubiera librado de usted, hace rato que se la hubiera abierto.

PEDRO.— Esto es incomprensible... Y ¿por qué no me avisó? Un tigre es un animal peligroso, muy peligroso. Lo sé porque los conozco, los he observado muchas veces, ya le comente que mi madre me obligaba a mirarlos. Son... son... ágiles y fuertes, capaces de salvar cualquier altura... Este lugar no es seguro... *(Le invade el temor.)*

¡Dios mío! Por qué no me lo advirtió.

BELTRÁN.— Claro que iba a comunicárselo, pero sólo en caso de que usted aceptara ser mi relevo, ¿qué hubiera ganado diciéndole que ahí hay un tigre? Sólo hubiera conseguido ponerle más nervioso de lo que ya está.

PEDRO.— Pero... no lo entiende. Son animales salvajes. Esa puerta no es obstáculo suficiente para detenerlo. Si... nos huele... Pero se da cuenta de la gravedad... con sólo olerlos puede violentarse y... ¡Dios mío! esa puerta la derribará como si se tratara de papel.

BELTRÁN.— Tranquilícese...

PEDRO.— Cómo... cómo me puede pedir eso, cuando tras esa puerta hay un animal que en cualquier momento puede saltar sobre nosotros y devorarnos.

BELTRÁN.— Hágame caso, por favor. Tranquilícese. En el tiempo que llevo aquí jamás me he sentido amenazado, es más ni siquiera le he oído rugir. Algunas veces en la soledad de la noche sí me ha parecido escuchar pisadas lejanas y leves jadeos.

PEDRO.— *(Más atemorizado.)* ¡Oh! ¡Dios mío! entonces puede estar pegado ahora justo detrás de la puerta.

BELTRÁN.— *(Con ligera calma.)* Ya le he dicho que no estoy seguro. Sólo le digo que creí oírlo, pero ya sabe cómo se confunden los sonidos en la noche, la mayoría de las veces son más presunciones que realidad. Además, alguna vez... alguna vez..., he pegado el oído a la puerta intentando escuchar al animal y nunca oí nada... nunca oí nada.

PEDRO.— Pero usted está seguro de que ahí dentro hay un tigre, ¿no?

BELTRÁN.— Ya... ya le he dicho lo que sé.

PEDRO.— Espere... ¿quiere... quiere decir que no lo ha visto?

BELTRÁN.— Yo jamás dije que lo viera.

PEDRO.— ¿Nunca vio al tigre que está ahí detrás?

BELTRÁN.— Por supuesto que no.

PEDRO.— ¿Quiere decirme que nunca ha abierto esa puerta?

BELTRÁN.— No, claro que no.

PEDRO.— Pero, ¿por qué?

BELTRÁN.— ¡Por qué va a ser! ¡Por miedo! Por miedo a que saltara sobre mí y me devorara. ¿Cree que estoy loco?

PEDRO.— Pero... pero... usted mismo dijo antes que pego el oído a la puerta varias veces y no escuchó nada.

BELTRÁN.— Sí, es cierto, lo hice; pegué mi oído a esa puerta alguna vez y en ninguna de ellas oí nada..., pero eso no me daba la absoluta seguridad de que dentro no hubiera un tigre.

PEDRO.— (*Exigente.*) ¿Entonces cómo sabe que está ahí?

BELTRÁN.— Por el alguacil.

PEDRO.— ¿Qué? (*Pausa. A Pedro le cuesta procesar lo que sucede.*)

BELTRÁN.— Fue el alguacil... él fue el que me lo dijo. Cuando me incorporé, después de explicarme mis tareas, me advirtió que tras esa puerta hay un tigre.

PEDRO.— ¡Esto es... esto es, pero... entonces... lo que me está diciendo es que todo su temor se basa... se basa en una advertencia del alguacil, en una simple conjetura.

BELTRÁN.— Eso no es cierto, a mí se me explicó claramente lo que había tras la puerta y por lo tanto el peligro que conllevaba abrirla.

PEDRO.— Sin embargo, después de todo el tiempo que lleva aquí, jamás ha sentido el menor ruido, la menor prueba que le asegure que el animal está ahí.

BELTRÁN.— *(Serio y tajante.)* La única manera de estar seguro es abrir la puerta y yo no estoy dispuesto a ello.

PEDRO.— Es usted un cobarde.

BELTRÁN.— ¿Por qué? ¿Porque no arriesgo mi vida? Efectivamente, así es. Ni usted ni yo podemos abrir esa puerta, comprende. Una duda, una simple duda, por muy insignificante que pudiera ser, nos lo impide. No nos toca a ninguno de los dos jugar a ser héroes. Señor Acanto no estamos obligados a ponernos a prueba. No hay ninguna necesidad. Sólo es preciso que usted se calme y espere al cambio de turno para irse.

PEDRO.— Pero yo no puedo hacer eso.

BELTRÁN.— No tiene otra opción.

PEDRO.— *(Entre el llanto y el temor.)* Sí que la tengo: puedo abrirla.

BELTRÁN.— Podría hacerlo si estuviera sólo. Créame, no le impediría cometer la

locura de abrir la puerta si pudiera protegerme del ataque. Pero aquí no hay nada con lo que guarecerse. Por lo tanto su suerte será siempre la mía.

PEDRO.— *(Pedro apenas puede coordinar bien. La presión a la que está sometido es superior a la que puede soportar.)* Parece... Bueno... no sé. Parece que todo se aliara en contra mía... Necesito..., necesito salir de aquí. *(Suplicando.)* No se da cuenta de que si continúo encerrado voy a acabar por volverme loco. Yo no soy un héroe, no, no lo soy. Quizá no haya una persona más alejada de serlo que yo, pero... pero no sé si podré aguantar más. ¿Me entiende... me entiende? Quizá debería abrirla.

BELTRÁN.— Eso sería una locura.

PEDRO.— No, bueno..., sí. Pero para mí es mucha más locura permanecer aquí.

BELTRÁN.— Sólo son unas horas.

PEDRO.— ¿Unas horas? ¿Tan sólo unas horas? No lo crea. Para mí permanecer una hora más supondría una eternidad. Esta luz mortecina me asfixia, noto, noto que me falta el aliento. En cualquier momento...

BELTRÁN.— Lo que debe hacer es tranquilizarse. Si me hiciera caso estoy seguro de que vería la situación de otro modo. Hágame caso. Por favor tranquilícese; si consigue serenarse todo irá bien.

PEDRO.— *(Sin poder soportar más.)* Voy a abrir.

BELTRÁN.— ¡Haga el favor de no cometer ninguna locura!

PEDRO.— Creo... que voy a abrir.

BELTRÁN.— No puede hacerlo.

PEDRO.— No comprende que le podrían haber engañado. Que la advertencia del alguacil sea sólo una estratagema para impedir que abra esa puerta. Estoy aquí encerrado, a punto de padecer una crisis de ansiedad, por no poder salir, y tal vez ahí detrás no haya nada, absolutamente nada. ¿Me entiende? Quizá esta puerta, al abrirla, nos muestre sólo la tarde gris de la ciudad, con el trasiego diario del tráfico y el ir y venir de personas absortas en sus tareas y preocupaciones, ajenas a la angustia y la duda que nos ahoga aquí dentro.

BELTRÁN.— Pero yo tengo miedo, miedo por mi vida. Prefiero ser un cobarde, porque para mí no hubo ningún engaño en las palabras del alguacil. Yo estoy plenamente convencido que ahí detrás, tras esa puerta, no voy a encontrar la mirada neutra de un transeúnte sino los ojos brillantes y las garras dispuestas de un tigre que me matará.

PEDRO.— *(Se lleva las manos a la cabeza en gesto de desesperación.)* ¡Quiere callarse ya! ¡No soporto su voz! ¡No lo soporto a usted! ¡Voy a abrir! ¡Sí, voy a abrir! ¡Aunque me cueste la vida!

BELTRÁN.— ¡Pero y yo!

PEDRO.— ¿Usted? *(Con total vehemencia.)* ¡Usted no me importa! ¡No me ha importado nunca! Lo único que me preocupa soy yo, ¡Me entiende! ¡Me tiene sin cuidado su suerte, de la misma manera que a usted le importa la mía! Desde que he entrado me he sentido atrapado por este aséptico decorado carente de cualquier rasgo humano.

BELTRÁN.— En todo momento le he tratado con la mayor cortesía.

PEDRO.— Sí, pero ¿para qué? ¿para qué? Dígame. ¿Qué labor tendría que desempeñar? Aquí no hay... no hay nada ¿no lo ve? ¿Qué se supone que tendría que

hacer en esta sala... en esta sala...*(Se paraliza antes pronunciar la palabra.)* de espera *(Lo observa todo con extrañeza.)* ¿Cuáles serían mis tareas en un lugar donde la puerta por la que entré está cerrada y ésta, según usted, nos lleva a la muerte? *(Pausa.)* *(Gestos afirmativos con la cabeza.)* Ahora estoy seguro; todo es una estricta y sutil confabulación para capturarme. *(Instigando a Beltrán.)* ¡Cada paso que han dado ha ido apretando más y más mi agonía! ¡Han ido cercando mi libertad hasta cauterizarla, someterla! ¡Aquí... aquí todo es una conjetura! ¡Quién me asegura que su turno se cumplirá, que su relevo acudirá puntualmente! ¡Que usted es lo que dice ser y no otra víctima como yo! ¡Que no nos han abandonado a ambos a nuestra suerte en esta macabra sala de espera!

BELTRÁN.— Eso es impensable. El relevo de los turnos se cumple estrictamente. Aquí todo es riguroso.

PEDRO.— ¿Riguroso...? ¿Qué rigor puede haber cuando hemos tenido que recurrir a gritar para intentar avisar al alguacil? ¿Y qué me dice de esta puerta? ¿Es el rigor lo que nos impide abrirla o la duda?

(Esta última palabra lo llena todo. Una pausa tensa envuelve a los dos personajes. A Beltrán le invade la duda. Su ropa desarreglada le confiere un aspecto débil e inseguro, muy lejos de la seguridad que mostraba al comienzo.)

BELTRÁN.— *(Muy excitado y nervioso.)* ¡Está usted completamente enloquecido! *(Violento.)* Pero no voy a permitir que su locura acabe con mi vida. No permitiré que abra esa puerta.

(Beltrán se lanza violento sobre Pedro. Ambos forcejean. La refriega da con ellos en el suelo. Pedro consigue ponerse a horcajadas sobre su rival y le golpea con el puño la cara. Beltrán aturdido no puede impedir que Pedro se levante con la intención firme de abrir la puerta. En un último esfuerzo lo agarra desesperadamente del abrigo. Pedro en su ansia por llegar a la puerta tira con fuerza y se desprende del él. La

chaqueta clara que viste muestra una gran mancha de color rojo oscuro en el costado izquierdo.)

BELTRÁN.— ¡Espere! ¿Qué tiene en su chaqueta?

PEDRO.— *(Instantes antes de llegar a la puerta.) (Sin comprender muy bien a qué se refiere.) (Tenso. Jadeando.) ¿Qué?*

BELTRÁN.— *(Con la respiración entrecortada.)* Esa mancha oscura en su costado.

(Pedro, al descubrirla, se paraliza. Su rostro y sus ojos se tensan en expresión de terror y extrañeza. La duda lo invade.)

PEDRO.— *(Sin tocarse.)* ¿Qué... qué es esto?

BELTRÁN.— ¡Oh, Dios! Parece... parece...sangre.

PEDRO.— ¿Sangre...? ¿Sangre? *(Pedro está paralizado y no da crédito de lo que ve. Se detiene a observar más detalladamente la mancha. La toca levemente con la punta de los dedos, se los frota para comprobar efectivamente que es sangre.)* Cielo santo, es cierto, es... es sangre.

BELTRÁN.— ¿Qué le ha ocurrido? Es imposible que yo le haya provocado esa herida.

PEDRO.— *(Sigue observando la mancha y muy delicadamente se abre la chaqueta, lo que ve le asusta aún más. Muy lentamente se la quita. Una mancha aún más grande le coge desde la cintura a la axila. Aquí la sangre está más fresca y gotea ligeramente. Al tocar descubre que la camisa esta rasgada dejando al descubierto la piel, justo en la zona de la que mana la sangre.) (Aterrorizado.) ¿Qué me ocurre? ¿Por qué estoy sangrando? (Acusando a Beltrán.) ¿Qué me ha hecho?*

BELTRÁN.— *(Atemorizado.)* Yo no le he hecho nada. Sólo le he querido impedir que abra la puerta.

PEDRO.— ¿Qué me ha clavado?

BELTRÁN.— *(Más enérgico y convincente.)* ¿Yo? Nada. Míreme. No tengo ningún arma en la mano. Ni siquiera tengo manchas de sangre. Al intentar detenerlo le he despojado de su abrigo... sólo eso. No me culpe de su herida.

PEDRO.— ¿Entonces? ¿Entonces... qué me ha ocurrido...? No puedo entender qué me ha producido esta... *(No puede comprender lo que le sucede y se derrumba emocionalmente.)* *(Suplicando.)* ¡Por favor! ¡Qué me ha pasado! Usted ha estado todo el tiempo aquí conmigo. Debió ver algo. ¡Por favor! ¡Dígame qué me pasa!

BELTRÁN.— *(Sin saber qué responder.)* ¡No lo sé! ¡No lo sé! Es todo tan extraño, tan... incomprendible *(Mira al rostro de Pedro. Después baja su mirada para observar la herida. Algo le llama la atención y se sorprende aterrorizado.)* Pero... esto...

PEDRO.— *(Las lágrimas afloran en los ojos de Pedro. Más aterrorizado.)* ¿Qué?

BELTRÁN.— Esta herida... esta herida no es de ningún arma. Esta herida es... *(Pausa.)*

PEDRO.— ¿Qué trata de decirme?

BELTRÁN.— *(Pausa. Mirándolo a los ojos con expresión aterradora y sin dar crédito a lo que ve.)* Es... es una mordedura.

PEDRO.— *(Las lágrimas le impiden hablar.)* ¿Una... una mordedura?

BELTRÁN.— Es la mordedura de un tigre.

(La música comienza a tomar presencia. Pedro, ya sin fuerza siente un ligero desvanecimiento, sólo la rápida intervención de Beltrán, asiéndolo por la cintura, impide que caiga. La música llena la escena. Con dificultad Beltrán logra sentar sobre escena a Pedro. Su rostro está pálido y su mirada se detiene en la sangre que manchan sus manos. Beltrán, muy nervioso, se precipita sobre la puerta por la que entró su relevo.)

BELTRÁN.— *(Gritando y sollozando.) ¡Que alguien me ayude! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Que alguien me ayude...! (El llanto le impide gritar. Agotado se derrumba hasta quedar arrodillado frente a la puerta. Con el puño la golpea apenas sin intensidad. La luz va muriendo mientras la música lo llena todo.)*

TELÓN

LLERENA, SEPTIEMBRE 2011